

turas? ¿Es que en esos abismos del corazón no oímos por ventura resonar incesantemente esa voz: más, más, todavía; todavía más? ¿No es verdad que esos abismos extienden sus largos brazos; no es verdad que hacen también resonar su inmenso clamoreo, que suspira por otros placeres, por otros goces, por otros bienes que los que le promete naturaleza? *Dedit abyssus vocem suam; altitudo manus levavit* (HABAC. III, 10).

Después de tantos siglos há, que los hombres llaman á sí bienes, placeres, honores; ¿hay uno solo que, poniendo la mano en su pecho, haya podido decir con verdad: ¡Soy feliz!

Preguntad, amados hermanos míos, á todas las criaturas, y os responderán á una voz: no hemos sido criadas nosotras para ser centro vuestro, para ser vuestra felicidad, para ser vuestro fin. Dios solo puede satisfacer vuestra sed de felicidad.

Escuchad á san Agustín, haciéndose á sí mismo, después de su conversión, las preguntas que yo os propongo. Era un día por la tarde, á las orillas del mar africano: el sol no despedía ya á la tierra sino algunos de sus rayos debilitados, sin brillo ni resplandor. En este momento augusto de la naturaleza, recogíase en sí misma el alma de Agustino: sus miradas preguntaban á las olas, y después de algunos momentos de suspensión, exclamaba repentinamente: ¡Oh mar, que ante mis ojos te extiendes y ensanchas sin límites ni barrera! yo te pregunto: ¿eres tú mi fin? Y ved que una voz, semejante á un majestuoso susurro, que parecía pasearse sobre las aguas tranquilas, volvía hasta sus oídos, y en eco sonoro le decía: *Quære super nos, quære super nos!* ¡Busca más arriba, pregunta más arriba de mí!

Y Agustín meditaba esta palabra. La noche venía en el entretanto á cubrir el mar y la tierra con sus sombras: las estrellas aparecían brillantes en el firmamento: Agustino, mirando al cielo, dice: Astros, que tan resplandecientes apareceis sobre mi cabeza en el firmamento, yo os pregunto: ese mundo estrellado, que estoy viendo formais vosotros, ¿es por ventura mi fin? Y una palabra, que parecía ser el eco repetido por todos los cielos del firmamento en medio de tan inefables armonías, llegaba hasta los oídos de Agustino, diciendo: *Quære super nos!* pregunta, busca más arriba de nosotros!

Y Agustín, subiendo, subiendo siempre, llega al cielo de los ángeles: en medio de las cohortes de los serafines, repite su misma pregunta: Espíritus celestiales, ¿sois vosotros mi fin? Y parecía que, mirándolo todos en medio de angélicos conciertos, le decían á su vez: *Quære super nos:* busca más arriba, pregunta más allá de nosotros.

Y Agustín, subiendo, subiendo, y subiendo siempre, llega hasta la presencia del eterno trono de la justicia y de la verdad. Y allí, prostrado ante el acatamiento del Espíritu divino: Dulcísimo y sabrosísimo Señor, exclama Agustino, yo reconozco que vos solo sois mi fin supremo; vos sois quien me habeis hecho. Yo os lo prometo, Señor; mi vida os está enteramente consagrada; yo os doy mi inteligencia, y yo os rindo mi corazón, yo os cedo toda mi voluntad, todas mis potencias. Vos me lo habeis dado todo, todo; y yo os lo vuelvo todo, todo. Solamente os pido, Señor, vuestro amor, vuestra gracia: todo os pertenece sin reserva, sin restricción, sin mengua ni división alguna.

Pues bien, amados hermanos míos, tal es la conclusión que vosotros habeis de sacar en este momento: ved lo que el Señor exige de vosotros: id hasta el término, sed lógicos como san Agustín, y podreis experimentar la felicidad que sintió él mismo! ¡Cómo! ¿No sabríais pues entender el precio de vuestras almas? ¡Cómo! ¿Es que no sabéis lo que valeis? ¿No conocéis el precio subido con que habeis sido comprados? ¡Alma del hombre, mira y considera cuánto cuestas!

¿Es menester por ventura, amados hermanos míos, hacerlos venir al misterio cristiano? He hablado yo el lenguaje de la razón; tened á bien que, por momentos cortos, emplee también el de la fé.

¿No veis, pues, en ese establo, en ese pesebre, sobre esa paja á ese niño recién nacido, que vierte lágrimas? ¿No lo oís llorar? ¿Por qué se halla en tal estado de miseria y desnudez? Preguntádselo á los ángeles de Dios, que baten sus alas sobre el divino albergue, y os dirán: *Propter nos homines, et propter nostram salutem:* es por vosotros, hombres desgraciados y míseros mortales; es por traerlos la salvación. Por eso ha dejado sus eternas mansiones, ha descendido á la tierra, y va á morar entre vosotros algunos años.

Mirad á Jesús, á la edad de diez y ocho ó veinte años, trabajando en la madera como un peon de artesano. ¡Ah, qué hace! ¡Por qué tanta humillación! Preguntádselo al ángel que lo sabe muy bien, y os dirá: por vosotros, míseros mortales, hombres desventurados; para traerlos la salvación de vuestras almas, y el remedio á tamaño mal como os aqueja, se humilla de esta suerte.

Adelantaos más en esa vida divina: llegad al Calvario; mirad á esa víctima pendiente de tres atroces clavos, suspendida entre la tierra y el cielo: acercad vuestra mano al árbol sacrosanto de la cruz, no temais teñiros de sangre: recibid en vuestras palmas algunas de esas gotas de la sangre, que mana á borbotones, y después mirad vuestras palmas teñidas de ese precioso licor; en vuestras manos teneis el precio de vuestra alma. *O anima tanti vales!* Preguntad á los ángeles

que lloran al pié de la cruz, y os dirán: ¡Por vosotros, míseros mortales, hombres desventurados, por vuestra salvacion se derrama tanta sangre y se padece tanto!

¡Cómo! Dios trabajará, Dios justipreciará vuestra alma con divina moneda, ¿y vosotros solos, vosotros la menospreciareis, vosotros los rehusareis el trabajo? Es demasiado... hermanos míos; con el hábito que nos da de la vida el Señor, y, en particular, con el hábito y trato de los hombres, á quienes está consagrado nuestro ministerio, nos atrevemos á apelar de vosotros á vosotros mismos; de vosotros mal informados, á vosotros mejor informados un dia.

Un dia, el último para vosotros, si estuviésemos allí nosotros cerca de vuestro lecho de muerte, y os preguntásemos, si estas nuestras conclusiones son rigurosas, si perteneceis á Dios solo, si debeis servir á solo Dios; ¿qué responderíais entónces, allí, á la faz de la muerte, en el umbral de la eternidad, ante los estrados ya enderezados del tribunal, donde ha de ventilarse la suprema sentencia para vosotros? En aquel momento, en que la razon se verá alumbrada con antorchas sepulcrales; en aquel momento, en que vuestro cuerpo estará á punto de exhalar el último suspiro, y vais á entregar el alma á su Criador, en que vais á parar irremisiblemente en vuestro último fin, entónces ¿cuál será vuestra conclusion?...

Amados hermanos míos, ya habeis visto á dónde llegamos, sin embargo, con la sola razon. ¡Oh! Los hombres que abjurán de nuestros misterios, los hombres que se separan de nosotros y de nuestras prácticas, á fin de quedarse más tranquilos y sosegados, ¡cuán inconsecuentes son consigo mismos! ¡Cuánto les condena su misma razon consultada! ¡Cómo les condena ésta sobre todos los hechos de la moral, y, en particular, por la ausencia de la oracion!

Porque la oracion procede inmediatamente de nuestros deberes de criatura, de nuestras obligaciones para con Dios. Pues que tenemos que servir á Dios, Dios tiene que recibir de parte nuestra un culto de adoracion, y la adoracion ruega, así como el ruego y la oracion adorarán. Es un culto de homenaje, de obediencia perpétua. Por esta razon, yo no puedo concebir, que el jóven que se ha separado de la religion práctica, pueda eximirse de modo alguno de los remordimientos de su conciencia, aún cuando se atenga á las solas conclusiones de la razon.

Amados hermanos míos, yo agradezco infinito á Dios nuestro Señor que hayais venido á oír nuestras palabras. Haced cumplido, yo os lo ruego, haced cumplido nuestro gozo, diciendo á Jesús: «Señor, yo soy enteramente vuestro.» Y el Señor no se dejará vencer en ge-

nerosidad, estad ciertos. «Vosotros sois míos,» os dirá: pues bien, hagamos un trueque; vosotros sois míos con vuestras miserias, y yo seré vuestro con mi gloria. Amen.

HOMBRE.

(EL HOMBRE REGENERADO.)

IV.

Emittes spiritum tuum, et creabuntur: et renovabis faciem terræ.

Enviarás tu espíritu, y serán criados, y renovarás la faz de la tierra.

(SAL. CIII, 30.)

Estas palabras, amados hermanos míos, no solamente son una oracion, sino un oráculo, además, y la expresion de un dogma profundo: es una exclamacion que no era dado al hombre hacer, desde que sobre él pesaba un antiguo anatema, porque lo separaba de su Criador un crimen, y el infierno era su legítima. Aherrojado en sus pensamientos sombríos fatídicos, no encontraba do quiera que miseria y corrupcion: destruido yacia el bien en el mundo, y solo germinaba el mal. Menester era, que la sentencia del hombre que abrumaba al género humano, fuese borrada en la cruz con sangre de la gran victima. Pero Jesucristo nuestro Señor no se limita á destruir la muerte á que, hijos de Adán, estábamos inevitablemente condenados; sino que resucita la vida muerta, y la lleva en triunfo al trono de la reconquistada divinidad; y cuando tiene en su mano el cetro de su poderío, envia á la tierra su Espíritu. *Emittes spiritum tuum et creabuntur: et renovabis faciem terræ.*

No es esta una expresion vana; ese oráculo se cumple real y efectivamente en el género humano, porque, derramándose sobre la Iglesia el espíritu de Dios, se descubre una nueva creacion: ésta comienza en el cenáculo: transformados los apóstoles en hombres nuevos, van á cambiar la faz de la tierra y regenerarla; esta regeneracion

ha llegado hasta nosotros. Es mi intento, señores, meditar hoy con vosotros este misterio, que da cima á todos los misterios.

Por lo que á mí toca, amados hermanos míos, cada vez que medito estas verdades, siendo palpitar mi corazón, considerando las inefables riquezas de que colma Cristo al hombre por el Espíritu Santo, y no encuentro asunto más capaz de arrancar vuestros carazonos de las ilusiones del placer. ¡Cuán dichoso fuera yo, si me fuera dado hacerlos comprender la grandeza de vuestra regeneracion en Jesucristo nuestro Señor. Entónces no serian sin duda alguna estériles mis palabras. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen: A. M.

1. Nada hay que igualar pueda la sublimidad de los pensamientos del grande Apóstol, cuando sondea las profundidades del misterio de nuestra regeneracion. Fuéle dado á él, el mínimo de todos los santos, anunciar á las naciones las riquezas de Jesucristo nuestro bien: *Nihil omnium sanctorum minimo data est gratia hæc, in gentibus evangelizare divitias Christi*. Arrebatado al tercer cielo, yaciendo con el cuerpo en los calabozos de Roma, está como fuera de sí, se siente impelido á hacer conocer los secretos de la gloria, cuya vista habia inundado su corazón de un gozo divino, y habia aligerado el peso de sus cadenas. «Bendito sea Dios, exclamaba, bendito sea ese Dios de las consolaciones, que se ha dignado visitarnos en nuestros trabajos.»

¡Oh, amados hermanos míos! ¡quién pudiera contemplar esta sublime teología del Apóstol! ¡quién pudiera abarcar con sola una mirada la grandeza del cristiano, sorprender su alta elevacion! Sale Dios de su reposo, ó mejor, de las profundidades de su eternidad, manda, habla, y el mundo sale formado de la nada: *Dixit et facta sunt...* Crea desde luego las inteligencias; hace en seguida al hombre á su imágen para ser el rey de la creacion. Pero éste sér privilegiado se rebela; cae el hombre, y, en el momento mismo, se rompe el lazo que tenia unidos al cielo y á la tierra. Interpónese un océano de tinieblas entre el hombre y su Criador, y la esperanza de aquél va á retirarse á lo más recóndito de su corazón: ya no ve medio de arribar á las orillas eternas, porque pesa sobre él un terrible anatema.

Pero ¡oh prodigio de misericordias! El Verbo eterno, movido de compasion en vista de las ruinas del hombre, de sus profundas miserias, de su ignominia, se ofrece á venir á esta prision estrecha del tiempo, para padecer por el culpable, y restablecerle en los derechos que habia perdido. Habia caído el hombre por orgullo, y viene á levantarlo por la humildad. Baja, desde la gloria, al polvo de la mor-

taja en donde yacia el hombre despues de su corrupcion. Tómalo con los dos brazos de su amor, y lo lleva al trono de su gloria. *Et cum essemus mortui, convivificavit nos in Christo Jesu*: «En tiempo que estábamos muertos, nos volvió la vida por Jesucristo nuestro Señor.»

Enemigo soberbio del hombre, baja tu cabeza: ébrio de orgullo, habias dicho á los hombres: «Sereis como dioses.» Es la primera y última vez que dices la verdad. Si; dioses serán los hombres, á pesar tuyo, porque de la raza humana hará Dios salir dioses para confundirte; y esa palabra, pronunciada por sí, para ruina suya, será, un día, el más hermoso atributo de su gloria, porque el Verbo de Dios levantará al hombre de su estado de abyeccion, le hará reinar en la gloria sobre su mismo trono: *Conressuscitavit, et consedere fecit*; cumpliéndose así á la letra esa tu palabra: «Sereis como dioses.» Tal ha sido, en efecto, católicos, el fin de la redencion.

Mas ¿cómo se ha obrado ese prodigio? Estadme atentos: san Pablo va á penetrar los abismos del misterio de la regeneracion, y desenvolver á nuestra vista las riquezas del cristianismo. Cuando fué llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió á su Hijo al mundo, para rescatarnos y elevarnos á la dignidad de hijos suyos. Nace nuestro Señor Jesucristo; hácese hijo de Adán, para volvernos á nosotros hijos del Altísimo. Ved cuán realizada se ve, aunque en sentido opuesto al de Satanás, aquella su involuntaria profecía: «Sereis hijos de Dios.» Porque, Cristo nuestro Señor, Hijo de Dios por naturaleza, haciéndose hijo de Adán por misericordia, hace de esta gran familia de Adán otros tantos hijos adoptivos de Dios.

Cuando nació en Belén el Verbo encarnado, paréceme estar viendo al viejo Patriarca del género humano tendido en su tumba. Pudo muy bien entónces sacudir el polvo de su mortaja, levantar su cabeza, y contemplar en una lejanía de cuarenta siglos al nuevo Adán, que acababa de nacer en una pequeña ciudad de David: pudo, desde entónces, regocijarse, consolarse de su lastimera caída, al considerar Jesucristo como su propio hijo, y dormirse de nuevo hasta el día de la resurreccion divina.

Amados hermanos míos, no descubrimos, hasta ahora, sino un solo hijo de Adán que sea deificado: Jesucristo nuestro Señor. ¡Y cómo nosotros, que somos hermanos suyos (porque no se ha detenido en el mundo angélico, sino que ha bajado desde las celestiales alturas para divinizar al hombre), cómo, repito, seremos criados nosotros de nuevo, cómo seremos deificados, cómo se cumplirá aquella palabra: *Eritis sicut dii*: «Sereis como dioses?» San Pablo va á enseñarnoslo.

Creati sumus in Christo, in operibus bonis; creación que se obra por la destrucción del sensualismo, del orgullo, de la codicia: *Et expoliatis principatus, et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso*; y por el don de la gracia, Cristo nuestro Señor se anonadó en la cruz para destruir el pecado, y resucitó para divinizarlos. ¿No es esta la nueva vida de que hablaba Jesucristo á uno de los jefes de la sinagoga: *Oportet nasci denuo*? Hablaba el Salvador divino de nuestra regeneración espiritual por el bautismo, porque nosotros nacemos realmente en Jesucristo, según la promesa que le hizo á Nicodemo. «Vosotros, dice el Apóstol, que habeis sido bautizados, habeis sido revestidos de nuestro Señor Jesucristo. *Omnes qui baptizati estis, Christum induistis*.

Y no se crea, que sea una metáfora ambiciosa en boca del Apóstol: todos vosotros estais revestidos de nuestro Señor Jesucristo; porque, notadlo bien, hermanos míos, el vestido se identifica con nosotros. La comparación, léjos de ser excesiva, no es aún bastante fuerte: Jesucristo viene á ser el vestido sustancial de nuestro sér; no hace sino una personalidad con nosotros: *Christum induistis*; nosotros recibimos el principio de su sustancia: *Initium substantiæ ejus*. Ved, pues, cómo venimos á ser hijos de Dios, no ciertamente por la carne, sino por la virtud de Dios: *De lit eis potestatem filios Dei fieri*. Nosotros nacemos de Dios: Dios mismo habita en nosotros, porque el Verbo se ha hecho carne. Penetramos ahora toda la profundidad de aquella oración del sacerdote en la misa: ¡Oh Dios! haced que seamos participantes de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad...

Somos, pues, católicos, participantes de la divinidad de Jesucristo; estamos engendrados en él, y somos, según la expresión de san Pablo, miembros de su cuerpo, carne de su carne, huesos de sus huesos: *Membra sumus corporis ejus, de carne ejus, de ossibus ejus*. Yo comprendo muy bien, según esto, cuánto hay de verdadero, profundo, divino, en esta antífrasis sublime del mismo Apóstol: «Yo vivo; ó más bien, no soy yo el que vivo; sino Cristo que vive en mí:» *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus*.

Me preguntareis, tal vez, si la unión divina, que contraemos, es algo más que una unión moral; si llega á ser tan estrecha como la de un hijo á su padre, como la que media en la familia misma entre los miembros que la componen. Amados hermanos míos, no habriais penetrado toda la profundidad del misterio, si os detuviéreis en esta similitud. Oid á san Pablo: él ya á daros una idea de esta unión.

Primus homo de terra, terrenus: «El hombre primero, salido de tierra, no era sino tierra.» Hijos desventurados de ira, ved la vida que hemos recibido de Adán: esclavos de nuestras pasiones, arrastramos con pena los grillos de la vida animal que nos habia comunicado: *Qualis terrenus, tales et terreni*; semejantes é identificados á nuestro padre, no éramos sino tierra. Pero vino el segundo Adán del cielo; era celestial: *Secundus homo de celo, celestis*. Vino del cielo para regenerarnos, y él nos comunica una vida divina: *Qualis celestis, tales et caelestes*. Ahora bien; así como en virtud de una grosera filiación terrestre, la naturaleza de Adán llega hasta nosotros, del mismo modo, en virtud de una espiritual filiación divina, cual existe entre Jesucristo y nosotros, recibimos una vida celestial, semejante á la suya.

Más hay todavía: respecto de lo terrestre, no puede decirse que la sustancia de Adán nos esté incorporada. No puede decirse: Yo vivo, pero no soy yo quien vive ya en mí, sino Adán es quien vive en mí: en lugar que podamos decir con gran propiedad, en virtud de la unión que existe entre Jesucristo y el alma fiel, unión que le está comunicada por los sacramentos, unión tan íntima que no se puede imaginar otra más profunda, otra más estrecha, excepto la hipostática; se puede, repito, decir, en virtud de esta unión: «Vivo yo, mas ya no soy yo quien vive en mí, sino Cristo...»

Y para que no quede duda acerca de esta unión inefable, ved lo que añade el grande Apóstol: *In Christo radicati*: «Nosotros estamos insertados en Cristo Señor nuestro.» Todos vosotros conocéis la operación por la que se cria ó regenera un arbolito bravo para insertar; operación por medio de la cual una mano diestra le inocular un principio de vida, una sávia superior, corta su nativa infecundidad, y le dá la fuerza de producir buenos frutos, que correspondan á las esperanzas del cultivador. Pues bien, ahí teneis un símil del misterio de nuestra regeneración. ¿Qué otra cosa somos nosotros en Adán, sino miserables arbustillos, silvestres morales, estériles, infructuosos, que no podemos llevar sino frutos de muerte, é incapaces de reengendrarnos por causa de nuestra nativa infecundidad? La Iglesia nos inserta y nos inocular una vida divina.

A más de esto, notad todo lo que, tomado de un injerto, se cumple al pié de la letra respecto del fiel por medio de los sacramentos. Es menester para un injerto, desde luego, un arbolista que lo cuide, un tutor; es menester un alimento proporcionado á su nuevo estado; y si la sávia produce tallos parásitos, que lo extinguen ó agoten, se cortan, se separan. Ved cabalmente lo que hace la Iglesia en nos-

otros por medio de los sacramentos. Con el bautismo somos ingertados en Jesucristo, que viene á depositar en nosotros un gérmen divino; tócanos, y deja impresa en nuestra alma una huella divina, eterna, que llevaremos en nosotros mismos por siempre jamás, ó en las celestes moradas, ó en los abrasadores calabozos de la Justicia.

Es nos menester un tutor: este tutor es el mismo espíritu de Dios, que nos fija, que nos confirma en su servicio; nos es necesario, además, un alimento, y lo tenemos en la Eucaristía. Es menester que este alimento sea digno de Dios, de un hijo de Dios, de un hermano de Dios, y Jesucristo se dá á sí mismo en manjar á nosotros. Hijos de la tierra, escuchad estas palabras: «El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí, y yo moro en él.» Ved cómo se verifica esta sublime transformacion. Jesucristo nos echa, nos regala su divinidad, y se opera una conmutacion divina entre la vida de Dios y la vida del fiel: *In me manet, et ego in eo.* ¡Cómo, Señor! ¡Vos me traéis un Dios, y yo no tengo para ofreceros sino miserias de la humanidad! ¡Oh! ¡y cuánto gano, cuánto grango en este trueque de amor!

Ved, amados hermanos míos, de qué modo somos deificados por la Eucaristía. Mas, esta mística y sublimísima operacion se realiza y lleva á cabo bajo la accion del espíritu regenerador: es una creacion maravillosa que permanece en los misterios de la fé; pasarán los cielos y la tierra, y estas verdades permanecerán eternamente: es preciso creerlas.

Pero ¡oh desgracia! ¡Extraña desventura del hombre caído! Él puede perder todas las preciosas ventajas de esta deificacion; puede hacer morir en él esta sávia vivificadora, divina, que le hacia llevar deliciosos frutos. ¡Y cómo podrá extinguirse en nosotros esta vida? Por el pecado, amados hermanos míos, por el pecado, del cual se vuelve esclavo el hombre. Semejante al arbusto reengendrado, cuya sávia superior se encuentra absorbida por los tallos ó ramos parásitos, la vida nueva que ha recibido el hombre por los sacramentos, se encuentra sofocada por la triple concupiscencia del orgullo, de la voluptuosidad y el egoísmo. Es menester recurrir entónces, cual acontece con el ingerto, á la poda espiritual, á la confesion y penitencia sacramental, operacion que monda y corta todo cuanto ahogar pudiera en nosotros la sávia divina.

Pero despues de la muerte, en el juicio universal, será cuando se nos revele esta transformacion sin velos, sin sombras, y entónces será tambien cuando gozaremos de la plenitud de la vida celestial. Traspasemos con el espíritu, traspasemos esos estrechos límites del

tiempo y del espacio; transportémonos á ese último, del cual, tal vez, nos separen ya pocos siglos. Si nos esforzamos en ser santos, si llegamos á serlo por gracia divina, nosotros nos llevaremos á la tumba, con nosotros, el principio y el gérmen de nuestra resurreccion: Jesucristo, nuestro padre, nuestro hermano, nuestra gloria, dormirá con nosotros en la ignominia del sepulcro; descenderemos á la tumba sin fuerzas, pero nos volveremos á levantar con majestad. *Seminatur in infirmitate, surget in virtute.*

Envuélvesenos en la mortaja, en el féretro, con un cuerpo de carne; pero nos volveremos á levantar como Jesucristo con un cuerpo espiritual: *Seminatur corpus animale: surget corpus spirituale.* Todo se acabará entónces: seremos nosotros resplandecientes como la luz divina, y quedarán marcadas nuestras frentes con el sello de la gloria y de la inmortalidad. *Qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ.* Aquí, abajo, quedamos siempre sellados con el lema de la muerte; pero entónces, allá arriba, semejantes seremos á nuestro Señor Jesucristo resucitado: *Similes ei erimus;* y á esto cuadra perfectamente la sublime expresion: *Christianus, alter Christus;* de uno de los más ilustres Padres de la Iglesia.

Yo me estoy figurando á este auditorio, yaciendo en el féretro con el principio de la regeneracion, porque supongo no haya uno solo en él que falte á sus gloriosos destinos; en el momento en que la trompeta tocará, en que será su espantoso y majestuoso sonido el despertador de las generaciones, me representó á todos vosotros sacudiendo los andrajos del viejo Adán. Os abalanzais rápidamente como el rayo á ir en pos del acompañamiento de Cristo, siguiéndole hasta por las alturas del empíreo, á la cima de la gloria. Seremos conducidos como cautivos de Jesucristo, emancipados para su gloria. Nos elevaremos más allá de todos los serafines, porque éstos no son sino ministros de Jesucristo, y nosotros somos sus hermanos, los hermanos del Rey de la eternidad. Por lo que á mí toca, me regocijo de no ser un ángel entónces, para conseguir ser regenerado con esta sublime regeneracion.

¡Oh qué gozo, qué transportes entónces, al oír los arrebatadores conciertos de la ciudad eterna, y poder repetir el cántico de la inmortalidad: *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* En tan feliz instante, se cumplirá de lleno aquella sublime palabra de Cristo Señor nuestro: *Ego sum vitis, vos palmites:* «Yo soy la vid; vosotros mis sarmientos.» Y como los ramos son de la misma naturaleza que el pie de que proceden, juzgad cuán dichoso cambio ex-

perimentaremos. Retoños gloriosos de un tronco divino é inmortal, que sale de las profundidades de la augusta Trinidad, nuestra sávia viene también de la Trinidad, pasa por Jesucristo para llegar hasta las ramas y formar un árbol, que se dilatará en Jesucristo para cobijar á la eternidad en su sombra. Ved de qué modo se cumple ese misterio de nuestra regeneracion, y se realiza aquella promesa de la antigua serpiente: *Eritis sicut dii*: «Sereis como dioses.»

2. Cuando se meditan, amados hermanos míos, las epístolas del Apóstol, sorprende y admira el verlas llenas de un pensamiento único, que absorbe toda el alma del Doctor de las Gentes. Así es, que sea cuando escribe á los fieles de Tesalónica, de Roma ó de Corinto, siempre lo hace para explicarles las riquezas de nuestra regeneracion: de tal manera, que de las entrañas mismas de ésta hace salir todas sus doctrinas y lecciones, todos los motivos más fuertes y más determinados del amor de Dios y del prójimo: porque en la meditacion de nuestra dignidad, encontraba el principio y móvil que nos anima en los penosos combates por la virtud.

Desde luego, siento esta verdad muy fecunda en consecuencias: la memoria frecuente de nuestra dignidad es motivo más poderoso y determinativo para el amor de Dios.

Tened presente lo que ha hecho por nosotros Jesucristo: que nada hay más profundo que nuestra miseria: representaos á Cristo nuestro Bien, como, queriendo acortar las distancias infinitas que separan al hombre de Dios, sale de las profundidades de su eternidad para venir á tomar al hombre, y colocarlo en su trono: lo aleja, empero, de nosotros un espacio infinito; y ¿qué hace? Levántase como un celestial gigante para vencer las distancias y traspasar el espacio. Une lo infinito á lo finito, Dios al hombre, proletario de la creacion, para abafir á los orgullosos y levantar á los humildes. *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.*

Parte del seno mismo de Dios, atraviesa el mundo, de los ángeles, descendiendo á las entrañas de una virgen, y de allí, al establo de Belen. Miradlo en el pesebre, envuelto en pañales pobres; y allí encontrareis al Hijo de Dios vivo. Pero aún no está satisfecho su amor. Desde el pesebre va á la cima del Gólgota, al través de un camino lleno de humillaciones, oprobios y penurias. Pero ni aún esto basta, y el amor es ingenioso en recursos. De la cruz baja á nuestros tabernáculos, en donde yacerá encerrado, encadenado con grillos de amor, porque sus delicias son estar con los hijos de los hombres.

No basta aún esto, y le es necesario ir más adelante en la carrera del amor. Él mismo viene, él mismo al corazón del hombre culpable

para hacerle participante de su gloria y de su divinidad: tómallo con ambos brazos de su amor para llevarlo á su trono: ¡no os hace ya ángel, sino Dios!... Y vosotros, que sabéis, que conoceis, que considerais esto, ¿no sentiríais abrasarse vuestro corazón á impulsos del fuego de la caridad? *Charitas Dei urget nos*. Esta caridad de nuestro Dios nos empeña con urgencia desde el seno de María, desde las alturas del Calvario, desde los esplendores de su gloria: él se ha abajado hasta más abajo que el hombre, pues que se lo pone sobre sus hombros, para llevárselos en hombros á la eternidad.

¡Hombres ingratos! Si os acordaseis lo que sois por el santo bautismo; si pensarais que sois uno con Jesucristo... ¡Ah! en cuanto á mí, puedo deciros, que este pensamiento me enardece, y que cuanto más abondo en esta doctrina de san Pablo, tanto me estimo más dichoso de no ser serafín. ¡Oh hombres, y cuán desventurados sois! Vuestros ojos, enturbiados por los vapores de las pasiones, no os permiten descubrir estos misterios de amor, esta sublime regeneracion, que lleva en triunfo hasta la cumbre de la eternidad. Ya estais viendo, hermanos míos, que no hay motivo más poderoso, y más urgente, y más determinante para ir á sumirnos en el amor de Dios.

Examinemos ahora los motivos poderosos que en ese principio encontramos para amar al prójimo.

Preguntado Cristo nuestro Bien por un doctor de la Ley, cuál era el primero, más elevado y más fundamental mandamiento del Señor, respondió: «Amarás al Señor tu Dios, y al prójimo como á tí mismo: en estos dos mandamientos estriban la Ley y los Profetas: Ved, católicos, el fundamento y principio de toda legislacion.»

Y en efecto; el amor de Dios y del prójimo compendian la ley de nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué somos por la regeneracion? Los miembros de una misma cabeza; y por consiguiente estamos identificados con Jesucristo. Ahora bien; así como la union es necesaria, indispensable en el sentido más absoluto entre los miembros de un mismo cuerpo, del mismo modo la caridad es la ley radical que ha de unir á los fieles, miembros místicos del cuerpo de Cristo, entre sí. ¿Quereis una prueba palpable de esta asercion? Considerad el vínculo que une á sus hijos, ese vínculo maravilloso, que es la sagrada Eucaristía. Supongamos que mañana, los setecientos ú ochocientos millones de hombres que habitan en nuestro globo fuesen católicos: admitamos ese prodigio, de que todos los hijos de la gran familia humana vengan á colocarse al rededor de la sagrada Mesa de Jesucristo; supongamos que esta sagrada Mesa Eucarística abraza la tierra como el Ecuador, y que en torno de ese banquete humanitario vengan